

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR

30
CTS



FIFI D'ORSAY
REGINALD DENNY
EDICIONES BISTAGNE

**TRES MUCHACHAS
FRANCESAS**

La Novela Cinematográfica
del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

AÑO III Francisco-Mario Bistagne NÚM. 88

**Tres muchachas
francesas**

Divertida comedia, interpretada por
Reginald Denny y Fiff D'Orsay,
entre otros notables artistas

◆
Es un film

METRO-GOLDWYN-MAYER

Distribuida por
METRO-GOLDWYN-MAYER
IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

POSTAL-REGALO: RALPH FORBES

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Tres muchachas francesas

Argumento de la película

En un pueblecito situado a unos treinta kilómetros de París, vivían tres muchachas que ejercían la profesión de modistas. Pero las cosas iban mal, la crisis se acentuaba cada vez más y casi nadie se hacía ropa nueva. Consecuencia de esta situación era que las tres bellas jóvenes debían varios meses de alquiler.

Cierta mañana se presentó el propietario. Las muchachas, asomadas a la ventana, le manifestaron la imposibilidad de pagarle; pero el casero no entendía de excusas y protestó amenazadoramente:

—Necesito que me paguen ustedes el alquiler.
—Espere otro mes.
—¡Quiero mi dinero! ¡Deben ustedes abandonar la casa!

Y pretendió arrancar con un martillo la placa que con el nombre de las tres modistas había colocado en la puerta.

Las muchachas comenzaron a protestar, atrayendo la atención de los transeúntes. De pronto se detuvo ante la casa un pequeño automóvil conducido por un hombre joven, de atractiva sonrisa y mirada picaresca. Era Larry, el sobrino de un tío millonario de París, muchacho excéntrico, norteamericano, que llevaba algunos años en la capital francesa.

Se enteró en un santiamén de la causa del escándalo y bajando del auto rogó al casero no quitarse el rótulo anunciador. El propietario se negó a ello, disputaron rudamente; de las palabras pasaron a los hechos y acabaron a tortazo limpio. Larry era más joven y derribó al suelo al irascible propietario. Después, viendo a las tres inquilinas que le sonreían, empujó la puerta de la casa y entró en ella.

Las modistas, que iban aún en ropa interior, corrieron a vestirse y recibieron amablemente a quel protector.

—Gracias por habernos defendido, pero todo habrá sido inútil—dijo Charmaine, una morena simpática—. Nos pondrá de patitas en la calle.

—¡Y nuestro sueño de establecer aquí, con el tiempo, un buen taller de modistas, se habrá desvanecido!—agregó Madelón, otra de las jóvenes.

—Yo arreglaré eso.

Larry, espíritu alegre y socarrón, se asomó a la ventana; y viendo al propietario que seguía amenazando de manera violenta, cogió una mazeta y la aplastó contra la cabeza del desdichado casero.

—¿Qué hace usted?— le dijo Charmaine.— ¡Nos van a meter en la cárcel!

—No se apuren. Yo tengo mucha influencia.

—¿De veras? ¿Usted cree que no iremos a la cárcel?

—Naturalmente que no.

—Entonces, ha llegado nuestra hora.

Y las tres modistas, deseosas de vengar los



... ha llegado nuestra hora.

malos ratos que les había hecho pasar el casero, descargaron sobre éste todas las macetas de la ventana, jofainas, jarrones y hasta planchas de hierro, que dejaron al pobre señor convertido casi en un despojo.

El escándalo fué ensordecedor. Enardecidas

por el original deporte, arrojaron medio piso contra el casero, que había caído lesionado.

Pero acudió la policía y, sin atender razones, fueron encerrados entre rejas, en espera de la resolución de la superioridad.

Larry y las tres muchachas se encontraban en la misma estancia, sólo separados por una reja.

Las modistas habían perdido su humor y bien comprendían la imprudencia de su conducta... Larry, en cambio, se mantenía sereno y jovial. Hombre que gustaba de las aventuras, aquel episodio tenía el interés de lo extraordinario.

—¡Usted tiene la culpa de todo! —le dijo Charmaine con melancolía.

—¡Nos dijo que tenía usted influencia! —exclamó Madelón.

—¡En menudo conflicto nos ha metido! —protestó Diana, la otra de las muchachas.

—Usted, usted tiene la culpa. Le ha roto la cabeza al dueño de la casa —añadió Charmaine.

—No se preocupen —dijo Larry—. Yo procuraré sacarlas de aquí.

—Pero ¿dónde vamos a ir? Usted nos ha arruinado.

—Nada de eso. Ya verán ustedes qué tienda les instalaré en París. Algo fantástico que las haga olvidar este mal rato.

—¿De veras? ¡Larry! ¡Es usted admirable!

Desde aquel momento, hicieron las paces. Al cabo de una hora de permanencia en la celda, unos gendarmes abrieron la puerta del departamento que ocupaba Larry e hicieron entrar a dos muchachos, que protestaban furiosamente contra su detención.

Lucharon con los guardias, consiguieron abrir la celda y salieron de ella, en compañía de La-

rry; pero rápidamente los gendarmes volvieron a meter a los tres hombres en el calabozo.

Los nuevos detenidos eran dos alegres muchachos, que habían empinado un poco más de lo ordinario el codo, dos chicos simpáticos de un carácter muy semejante al de Larry.

Eran norteamericanos y, según explicaron a Larry, habían servido en el ejército de su país durante la guerra y ahora habían vuelto a Francia para recordar aquellos días.

—Nos estábamos divirtiendo un poco en una taberna. Escandalizamos, y nos han traído aquí. ¡Esto no es un país libre! —comentó uno de ellos.

Y empezó a tocar una guitarra que llevaba consigo y a sonreír a las tres muchachas, que, a través de la reja contigua, les contemplaban con curiosidad.

Se llamaban Winthrop y Owly y tenían un carácter infantil. Larry les explicó que se encontraba preso por haber tirado macetas a la calle.

Los recién llegados le contemplaron con cierto recelo, creyendo que le faltaba un tornillo, pero al cabo, las explicaciones de Larry les convencieron y se hicieron todos muy buenos amigos.

Las tres modistas se acercaron a la reja.

—Usted, señor Larry, no se olvida de nosotras, ¿verdad? —dijo Charmaine.

—¿Cómo me he de olvidar? No saldré de aquí sin ustedes. Oigan, queridos —dijo a los americanos—, quiero presentarles a tres lindas francesitas.

—¡Maravilloso!

—Charmaine... Diana... Madelón.

—Tenemos un verdadero placer en saludarlas.

Y con la ligereza de sus temperamentos, los

dos expresaron en voz alta el interés que ellas les inspiraban.

—Oye, Owly, a mí me gusta la mayor, esa que se llama Diana.

—Pues a mí la Madelón, esa que tiene el pelo oxigenado.

Las aludidas les contemplaron airadamente, retirándose a un rincón, mientras Charmaine, que parecía sentir gran simpatía por Larry, hablaba con él en voz baja.

—Debemos haberlas molestado —dijo Winthrop—. ¿Las hemos ofendido en algo?

—¡Ya lo creo! Yo no soy rubia oxigenada, sino natural.

—Y yo no soy la mayor.

—¡Vamos, muchachas! —intervino Larry—. Estos chicos sólo pretenden agradarlos.

—Por lo visto, no saben con quién tratan.

—¡Tonterías! Hoy, hasta las personas más decentes pueden encontrarse en la cárcel.

—Es preciso salir de aquí —dijo Owly—. Nunca he estado tanto tiempo encerrado. ¿Cómo escapar?

—Verán ustedes —dijo Larry—. Yo haré que nos pongan en libertad.

Llamó a uno de los guardias y le expuso su deseo de remitir un despacho telegráfico.

Chapurreaba el francés y el policía apenas comprendía lo que le quería decir.

Charmaine, que conocía bien la lengua inglesa, expuso al gendarme:

—Lo que quiere él es mandar un telegrama.

—Charmaine, haga el favor de decirle que se le pagarán sus servicios.

Charmaine transmitió el recado, y el gendarme, que al principio se había negado, cambió de expresión.

—¡Ah, bueno! ¡Eso es distinto!

Salió y regresó luego con papel y pluma, pero como el telegrama debía estar redactado en francés y Larry no sabía escribir este idioma, rogó a Owly que tuviera la amabilidad de escribirselo.

—Ponga lo siguiente: *Señor marqués de Ippleton, Paris.*

—¿Cómo? ¿Conoce usted a un marqués?

—Sí. Es tío mío.

—Pues, tome!

Y le dió una sonora patadita en la parte más carnosa de su cuerpo.

Larry se volvió, sorprendido.

—Pero ¿qué es eso? ¿Se ha vuelto usted loco?

—No se alarme. Tenía deseos de pegar una patada al sobrino de un marqués. Resentimientos antiguos que uno tiene con la aristocracia.

—Bueno. Escriba de una vez: *Queridísimo tío: Necesito quinientos francos.*

—Lo mismo le sería pedir cinco mil.

—Pues ponga cinco mil...

Redactado ya el despacho, se lo entregaron al policía, quien pidió la gratificación correspondiente.

—Se le pagará espléndidamente en cuanto llegue el dinero... Y ahora, haga el favor de traernos unos bocadillos.

Con la esperanza de cobrar una buena gratificación, el policía envió el despacho y les proporcionó una succulenta comida.

Comieron espléndidamente y bebieron de lo lindo. Pero la idea de tener que permanecer en la cárcel durante aquella noche, les ponía de mal humor. Era preciso discurrir algo para no tener que esperar más. A lo mejor, el dinero del tío no llegaba hasta muchas horas después.

Owly dijo que no se apurasen, que él tenía un medio para poder salir de allí inmediatamente... Empezó a saltar, a roer los barrotes, a gritar como un energúmeno, ante la supuesta extrañeza y espanto de sus compañeros de prisión. El guardia corrió a ver lo que sucedía, abrió la puerta, intentando calmar a aquel sujeto, al parecer acometido de un ataque de locura.

Por fin consiguió calmarlo, y volvió a salir. Aun tuvo a través de los barrotes que recomendarle calma, pues Owly se abrazaba a él con nueva furia.

Owly, sonriente, mostró a sus amigos la llave que acababa de quitar al guardia. Abrió sigilosamente la puerta de su celda, así como la de las modistas, y todos juntos, de puntillas, procurando no hacer el menor ruido, abandonaron la prisión sin ser vistos de nadie, pues los guardias se hallaban en una de las habitaciones interiores, bien ajenos a aquel intento de fuga. En una de las calles laterales había el pequeño auto de Larry, en el que se acomodaron como pudieron y, guiados por el joven protector, marcharon a la buena de Dios...

* * *

Empezó a llover copiosamente. El camino estaba intransitable y como el auto, además, era descubierto, se pusieron calados, como peces. Comprendieron que era imposible proseguir la ruta hacia París en tales condiciones, y optaron por buscar un refugio donde poder pasar la noche. Por fin encontraron un estable que tenía a lo menos techo para albergarles.

Penetraron en él. Un pollino les obsequió con

roncos rebuznos, y unas cuantas gallinas carearon asustadas ante la presencia de los huéspedes.

En las condiciones en que se hallaban, a los seis fugados les pareció encantador aquel refugio, donde se mascaba paja y aire caliente.

Las muchachas se cambiaron la ropa, poniéndose encima unas mantas.

Estaban adorables y en medio de la situación les divertía un poco la aventura.

Larry y Charmaine habían simpatizado mucho y, en un rincón aparte, sostenían una agradable conversación.

Owly y Winthrop habían procurado hacerse simpáticos a Madelón y a Diana; pero ellas, disgustadas por lo ocurrido, no les hacían caso y les rogaban se alejasen del lugar que habían escogido para descansar, pues tenían mucho sueño.

Los dos americanos fueron a reposar sobre un carro lleno de paja, que se derrumbó bajo aquel peso.

Sonrientes, contemplaban desde lejos a las muchachas descansando suavemente entre el perfume sensual del henno.

—¡Cómo nos quieren!—suspiró Winthrop.

—¡Sí, como el veneno!

—No digas, que están locas por nosotras.

—El que estás loco eres tú.

Guardaron silencio y, rendidos por el ajetreo de aquellas horas, pronto se entregaron en brazos de Morfeo.

Entretanto, Charmaine se había tendido cerca de un montón de paja. Cerca estaba Larry.

—¡Eres un ángel, preciosa!

—Sí, un ángel envuelto en una manta de franela.

—Eres la más deliciosa mujer que he conocido en el mundo, Charmaine.

—Tienes bien aprendida la lección. Sin duda has repetido muchas veces.

—Nunca hablé más seriamente.

—Quisiera creerte.

—Entonces, debes creerme. Nunca me ha interesado de veras una mujer. Lo que me une a ti, es un sentimiento muy serio. Desde que te he conocido, estoy enamorado de ti.

—¡Ay, qué gracia!

—No bromeo. Estoy perfectamente sereno y a cada momento me gustas más.

—¡Larry, no sé! Los hombres, todos sois lo mismo. Mucho cariño al principio... y luego, si te he visto no me acuerdo.

—Yo soy distinto de los demás. ¿Me crees ahora?

Ella vacilaba en contestar; pero Owly, a quien aquel diálogo desvelaba, se incorporó y gritó con voz de trueno:

—¡Di que sí! ¡Di que crees en él, Charmaine! ¡Mira que tenemos que dormir!

Charmaine, entonces, sonriente, se dejó besar por Larry, y ésta fué la contestación más expresiva y silenciosa. Aun estuvieron varios minutos hablando en voz baja, con esas inacabables conversaciones de los enamorados. Mas, Charmaine, rogó a su amigo se alejase, pues era preciso descansar.

A poco, todo dormía en el establo. A primeras horas del alba, el jumento les despertó con sus rebuznos, como un grotesco toque de diana.

Se vistieron rápidamente. Las ropas estaban ya secas, y, procurando que nadie se dijese cuenta de que allí habían pasado la noche, subieron al coche y lentamente, pues parecía fallar bajo

el peso de seis personas, continuaron su ruta hacia París, con un apetito feroz, pues no se habían desayunado.



... no se habían desayunado...

Llegaron a mediodía a París sin incidentes y fueron a la casa donde habitaba el marqués de Ippleton, tío de Larry.

El mayordomo corrió a recibir al sobrino y a sus compañeros.

—El marqués ha salido, señor Larry.

—Aguardaremos—contestó el joven—. Id pasando todos, amigos míos.

El criado se apresuró a telefonear al señor marqués, que se hallaba en el club, comunicándole lo que pasaba.

El marqués, hombre de cerca sesenta años, bien conservado aún, que mantenía la línea a copia de fajas y de gimnasia, contestó contrariado, pues hacia poco había recibido el telegrama de Larry pidiéndole el dinero.

—Regresaré dentro de poco.

Larry y sus invitados recorrieron la casa, admirando su lujo y sus riquezas.

—Pero, ¿qué va a decir tu tío cuando nos vea? —dijo Owly.

—Sois mis invitados y no os podrá sacar de aquí.

Ordenó al mayordomo preparase inmediatamente la comida y al cabo de media hora se sentaban a la mesa, tomando espléndidos manjares, que les dieron ese optimismo que produce la buena alimentación.

Charmaine y Larry, muy juntitos, se besaban de vez en cuando, y a cada instante encontraban que su amor tenía un mayor encanto. Diana y Madelón, tal vez por contagio o envidia de sus amigos, o porque sintiesen realmente en su corazón el ansia de amor, ya no se mostraban esquivas con Winthrop y Owly, y ya les parecían de perlas los inflamados conceptos que ellos vertían en sus oídos...

El amor unía a las tres parejas. Despues de comer empezaron a correr por el piso, yendo en fila india y simulando ser un convoy de ferrocarril.

—¡Pasajeros al tren! —decían, entre la estupor de los criados.

De pronto llegó el señor marqués de Ippleton, que, al ver cruzar por el corredor a aquellas seis personas, que se portaban de tan singular manera, al frente de las cuales iba Larry, preguntó al mayordomo:

—Pero, ¿qué significa eso?

—Están jugando a trenes, señor marqués. El marqués se puso las manos a la cabeza y entró en el despacho.

No había sido visto por ninguno de los huéspedes.

—El señor marqués tiene un gran problema que resolver—dijo el mayordomo.

—¿El qué?

—Larry está enamorado de una de esas señoritas, y...

—Ya comprendo. Un lío, ¿verdad?

—Me temo que el señorito Larry pueda ser víctima de ello. Yo me atrevo a sugerirle a usted que ofrezca a la muchacha una suma a cambio de...

—Esa es una gran idea, Parker. Siempre que ha sido puesta en práctica ha dado resultados magníficos. Hablaré con la joven.

El mayordomo se alejó, y, momentos después, entraba en el despacho Madelón, que, habiendo dejado unos instantes a su novio, se divertía recorriendo aquellas preciosas habitaciones, no soñadas nunca.

El señor marqués creyó por equivocación que aquella muchacha era a la que aludía el mayordomo, y sonriente avanzó hacia ella.

—¡Bienvenida, señorita!

—Es usted... acaso?—dijo, un poco sorprendida.

—Sí, el tío de Larry.

—¡Tanto gusto!

—El gusto es mío. Creo que nos entendemos. Se trata de un asunto de poca monta. ¿A cuánto asciende?

—No comprendo...—dijo Madelón, sorprendida.

—Tengo estipulada la suma de cincuenta mil francos para sacar a mi sobrino de esa índole de compromisos. Por tanto, si deja usted libre a Larry, le daré cincuenta mil francos.

Madelón le contempló asustada. Ahora sí que se daba cuenta de todo lo que estaba pasando. El marqués la tomaba a ella por novia de Larry y le ofrecía generosamente aquella cantidad. Y como en el tomar no hay engaño, ella pensó en lo bien que le irían aquellos cincuenta mil francos.

—¿Quiere usted decir que me paga esa suma para que no me case con Larry?

—Cabalmente.

—Pues, ya que es usted tan amable, le haré ese favor.

Madelón tomó emocionada los cincuenta mil francos que en billetes le entregaba el marqués, y para demostrarle su gratitud le estampó en el rostro unos sonoros besos. El señor marqués, conmovido, agregó a los cincuenta mil unos cuantos billetitos más, y Madelón se marchó loca de alegría.

El mayordomo entró en el despacho en el momento en que salía la joven.

—Todo está arreglado, Parker—le dijo a su sirviente.

—Pero, señor marqués, ¡si ésa no es la novia de Larry!

—¿No? Buena la hemos hecho.

Y se dejó caer en una silla, muy contrariado ante su error.

* * *

Mientras Larry y sus amigos estaban en la habitación del primero bebiendo unas copitas,

Charmaine y Diana se encontraban en un salón, preguntándose cuál iba a ser realmente su suerte y si no habían hecho mal en fíarse de aquellos jóvenes.

Apareció Madelón y explicó todo lo que había sucedido.

Pero Charmaine, verdaderamente enamorada de Larry y disgustada de que su amiga hubiese aceptado aquel dinero, se lo arrebató violentamente.

—No debiste tomarlo de ninguna manera.

—Pero no seas boba. Ahora podremos comprar un taller.

—¿No comprendes que el marqués ha querido comprarte? Es un insulto. Un verdadero insulto. Nos ha tratado como a las mujeres que se venden.

Y, herida en su dignidad, se dirigió al despacho del señor marqués.

—¿Es usted el tío de Larry?

—El mismo.

—Pues yo soy la novia de Larry, ¿entiende?

—¡Ah! ¿Es usted?...

Ella le arrojó los billetes encima de la mesa.

—Cree usted que yo soy una mujer capaz de venderse? Me ha herido usted en lo más profundo del alma...

—Perdone usted, señorita. Estoy apenado por lo sucedido. Crea usted que detesto verme mezclado en las aventuras de mi sobrino.

Ella, que creía que Larry era poco menos que un santo, que un buen muchacho, exclamó:

—¿Sus aventuras?

—No hay semana que no me traiga algún lío de mujeres—dijo sonriente.

—¿Es posible? Y él que me había dicho que yo era la única mujer...—dijo disgustada.

—A todas las dice lo mismo. La lista de sus amores es infinita.

—¿De verdad?

Y se sentía a cada momento más desilusionada, más triste.

El señor marqués estaba mintiendo descaradamente; pero, deseando casar a Larry con otra muchacha que él ya tenía elegida, continuó:

—No le haga usted caso a mi sobrino. Se pasa la vida entre mujeres. A una muchacha que se llamaba Justina, tuvo que comprarle una tienda de flores. A Eloísa una tienda de modas, a Eulalia una perfumería... y así a todas. Acaba poniendo a todas una tienda.

Charmaine se consideró burlada. Vió en la actitud de Larry nada más que una continuación de sus inagotables aventuras. Y deseando vengarse del joven que le había jurado amor leal, cuando en realidad no era más que un pasatiempo, que una aventurilla sin importancia, se dispuso, con la picardía en ella peculiar, enamorar al señor marqués, para vengarse del sobrino.

Se echó a llorar con un llanto suave y enternecedor.

—Vamos, no se ponga usted así. Acepte este dinero como indemnización... y váyase.

—¡No, no lo quiero! Pero la culpa es mía, por fiarme de jóvenes inexpertos. ¡Ah, en lo sucesivo, todo será diferente! Sólo me fiaré de hombres de la edad de usted...

—Charmaine, es usted adorable—dijo el marqués, sintiendo rejuvenecerse.

—¿Se burla de mí?

—No. Creo que esta vez Larry puso los ojos en buen sitio... aunque le aconsejo que no le

haga caso, pues es el hombre más olvidadizo del mundo.

En aquel momento apareció Larry, quien al ver al marqués hablando afectuosamente con Charmaine, dijo:



—*Yo no soy como tus otras mujeres...*

—Tío, qué simpática es mi novia, ¿verdad?
—Mucho. Me parece que no te la mereces.

—¡Cuánto me alegro, tío, de que sea de tu gusto! Es una preciosidad.

Charmaine contempló a Larry con desdén.

—Hablas de mí como si se tratara de un mueble. Pero, te equivocas. Yo no soy como tus otras mujeres: Justina, Eloisa, Eulalia...

—Pero...

—¡He terminado contigo y con tus mentiras!

Y sin dejarle contestar, abandonó la habitación.

—Pero, ¿qué significa todo esto? —dijo Larry con extrañeza.

—Perdóname, Larry. Pero esa muchacha no te conviene. Tú debes casarte con una aristócrata.

—¿Quiénes son esas Justina, Eloisa y Eulalia?

—He hecho mención de tus antiguos amoríos.

—¡Te has vuelto loco, tío! ¡Tus amoríos, querrás decir! ¡Olvidas que yo nada tuve que ver con esas mujeres, que han sido cosa tuya? ¡Que yo, al fin y al cabo, no he tenido en mi vida nada serio?

—Sí, es verdad, pero lo hice para evitarte una complicación y porque ya sabes que te tengo escogida otra esposa.

—No la quiero. Yo conozco tu juego, tío. Te has enamorado de Charmaine y pretendes quírtamela, convertirla en una más de tus amigas.

—Ella preferiría seguramente un hombre de experiencia.

—¡Vaya una experiencia la tuya! ¡La de un tenorio arruinado! ¡Vamos! Y tú, en cambio, quieres que yo sea un santito y me ofreces un matrimonio de conveniencia.

Salío furioso, mientras el marqués, ofendido por las palabras de su sobrino, cogía un fuerte berrinche y tenía que llamar al mayordomo para que le diese un calmante con que tranquilizar sus nervios en tensión.

El marqués de Ippleton había sido toda su vida un juerguista, y así estaba él de achacoso, a pesar de las medicinas que constantemente tomaba.

Pero ahora se había enamorado de veras de

Charmaine, y como ésta, por vengarse de Larry, parecía demostrarle gran simpatía, se sentía el hombre más feliz del mundo.

Aquella misma tarde, y cuando Charmaine y sus amigas se disponían a partir de la casa, el señor marqués las llamó y se hizo explicar todo



Ella preferiría seguramente un hombre de experiencia...

lo que había ocurrido desde su salida del pueblo.

El marqués se brindó a instalarles una tienda de modas en París, y ellas accedieron, después de una ligera resistencia.

Las invitó el señor de Ippleton a permanecer en la casa, pero esto no lo aceptaron, prefiriendo ir a una pensión.

Al día siguiente se trasladaron, pues, a un hotel, sin que Charmaine quisiese escuchar para nada a Larry.



El marqués había sido toda su vida un juerquista...

* * *

Pronto la casa de modas se abrió al público. El marqués recomendó a sus relaciones no dejaren de visitarla y en seguida se vió favorecida por una clientela distinguida.

Charmaine estaba al frente de la misma, y la ayudaban sus dos amigas Diana y Madelón, que iban a casarse en breve con los dos yanquis, dos chicos que eran verdaderos modelos de fidelidad.

En cambio, Charmaine guardaba para sí su

disgusto sentimental, aunque mostrándose muy ofendida con Larry, que pensaba le había engañado al considerarla de la misma categoría que cualquiera de sus numerosas conquistas. En el fondo adoraba a Larry, pero procuraba distraerse con los trabajos de la tienda, frecuentada por una clientela que bordeaba muchas veces lo pintoresco.

Cierto día, el marqués de Ippleton fué a la tienda.

—¿Cómo van los negocios, Charmaine? — preguntó a la linda muchacha.

—Muy bien, gracias a usted.

—Olvídate de que fuí yo. Todo se debe a tus méritos. Y, a propósito, Charmaine, querría decirte una cosa. Yo voy ya para viejo y creo que ha llegado para mí la hora de casarme. Mi castillo de Ippleton necesita de una castellana... una marquesa. ¿Quieres tú serlo?

—¿Yo? —dijo sorprendida—. ¿Yo marquesa?

—Nadie mejor que tú. ¿No crees que ha llegado la hora de que me case?

—¡Oh, eso sí!

—¿Qué me contestas?

—Yo... no sé...

No quería responder aún nada definitivo. El señor marqués era realmente simpático, pero ella aun sentía algo por Larry.

Entonces llegó Diana, rogando a Charmaine fuese al salón, pues unas clientes preguntaban por ella, y la joven aprovechó aquella oportunidad para alejarse sin dar una definitiva respuesta al señor marqués.

Charmaine vió en uno de los salones a Larry, en compañía de varias mujeres.

Larry quería vengarse de su amiguita yendo a la tienda con otras mujeres y comprándoles

diferentes vestidos, como para demostrar a Charmaine que no la necesitaba para nada.

Al ver a Charmaine, Larry, de una manera burlona, dijo a sus amigas:

—¿No queréis comprar nada más, preciosas?

—Ésas han comprado dos vestidos más que yo —dijo una de ellas.

—Pues escoge tú los que quieras. Estoy dispuesto a comprar. Mientras no compréis la tienda... Una vez conocí a una mujer que... quería una tienda entera.

Y miró a Charmaine, que le contempló con la tristeza con que muere la última ilusión.

—¿Y se la compraste? —dijo otra muchacha.

—Consiguió la tienda, pero no se la compré yo...

Charmaine se alejó entre las risas de aquella gente. Sentía una gran amargura en el corazón. ¡Miserable Larry! ¿Por quién la tomaba? Y, deseosa de dar cumplida venganza a sus insidias, fué a ver al marqués y le dijo:

—De veras se quiere usted casar conmigo?

—Te lo juro!

—He aquí mi mano!

—Adorada Charmaine!

El marqués se sintió feliz. Por fin, un verdadero amor iba a hacerle sentar la cabeza. Era un amor distinto de los demás. Comprendía que Charmaine era una mujer muy digna y no la aventurera que había sospechado al principio.

Larry entró en el despachito. Al verle, el marqués le dijo:

—Permíteme presentarte a tu futura tía.

—Mi tía!

Y quedó boquiabierto, porque siempre había creído que el marqués quería a Charmaine como

una de tantas amigas, pero no hasta el serio extremo de pretender llevarla al altar...

Se alejó tristemente, esta vez con una profunda melancolía en el corazón, pensando que tenía perdido irremediablemente el amor de aquella criatura, que fué la única que consiguió herir las fibras de su alma.

Desgustado por lo que ocurría, y deseando distraerse, Larry invitó aquella noche a sus amigos Owly y Winthrop al cabaret. Se trasladaron a uno de los mejores conciertos de la capital. Comieron y bebieron de lo lindo. Pero Larry conservó siempre su serenidad y su tristeza interior. Los amigos, en cambio, especialmente Owly, se divirtieron como locos, olvidándose en aquel ambiente hasta de sus propias novias.

Owly tuvo un incidente con una pareja de baile, unos profesionales contratados por la empresa. Danzaban un baile apache, y la mujer había caído varias veces sobre la mesa que ocupaban Larry y sus amigos.

Desgustado Owly por ello, fué a pedir explicaciones al bailarín. Disputaron, pasaron a las manos, produciéndose una algarabía fenomenal que terminó después de innumerables golpes y porrazos, con la expulsión de los tres amigos.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —decía Owly.
—Son las cinco de la mañana, tan sólo.
—Y teníamos una cita con las muchachas.
—Aun nos deben estar esperando.
—Vayamos a dar una vuelta, y luego iremos a buscarlas.

Caminaron por las calles silenciosas de París. Larry estaba preocupado, desesperado.

—Debes hacer las paces con Charmaine —le aconsejó Winthrop—. Tú la quieres. No le permitas al marqués salirse con la suya. Que no te tomen el pelo.

—¿Y qué queréis que haga?

—Evita esa boda. ¡Qué sé yo! Discurre un medio. Estoy seguro de que Charmaine te quiere a ti, pero por despecho se casa con el otro... Fuisse un estúpido en llevar otras mujeres a la tienda...

—¡Es verdad!

Al cabo de mucho rondar se despidieron. Owly y Winthrop se dirigieron a la pensión donde vivían los tres amigos. Larry no quiso ir, prefiriendo marchar a casa de su tío, donde vivía.

Las tres francesitas acababan de levantarse. Charmaine explicaba a sus amigas que no quería al marqués.

—Pues, si no tomas una pronta determinación, te casarán con el viejo.

—Si te casas con él, harás un disparate —le aconsejó Madelón.

—¡Nunca me casaré con Larry! ¡Es un calavera! ¡Tiene las mujeres por docenas!

—Y, como remedio, te casas con un hombre achacoso, a quien no quieres, ¿verdad?

Llegaron Owly y Winthrop, y las jóvenes acabaron de vestirse.

—¡Buena hora de presentarse en casa! Nos invitasteis a comer anoche y llegáis ahora, a la mañana siguiente.

Ellos se excusaron, y como sus novias les querían de veras, pronto hicieron las paces. Y todos juntos hablaron de Larry, a quien sus com-

pañeros defendían con ahínco, pintando su dolor al verse abandonado.

—Larry es un buen chico, Charmaine. Tú no puedes casarte con un viejo. Enfermará al cabo de una semana.

—Me casaré con él y no volveré a ver a Larry en mi vida.

—Mira que es a ti a quien únicamente ha querido de veras, Charmaine. Y tú le quieres a él.

—¡No, no!

Pero su negativa era tan débil, que se convencieron de que ella le amaba. Y Charmaine acabó confesando la verdad: que sólo por haberse considerado engañada se casaba con el marqués, pero que seguía adorando al otro...

Owly propuso, riendo:

—Hay que ir a visitar al marqués y hacerle ver que es imposible esa boda.

—No puedo traicionar mi palabra — dijo Charmaine tristemente —. Precisamente el marqués nos espera hoy en su casa. Dijo que me enseñaría el *trousseau* de boda, que creo que lo guarda del tiempo de su madre.

—¡Vayamos allá! —dijo Owly—. ¡Tengo una idea!

Charmaine, cada vez más abrumada, no se opuso, y todos marcharon en auto a casa del marqué, donde éste se hallaba descansando, pues a causa de las emociones del día anterior, había pasado una noche malísima. Penetraron con el coche hasta el propio hall de la casa.

Mientras las tres muchachas aguardaban en una salita, Owly y Winthrop fueron a ver a Larry y le propusieron hacer levantar inmediatamente al marqués y someterle a una especie de ensayo matrimonial.

Tal vez de esta manera Charmaine compren-

diese lo amarga que iba a ser la realidad al lado del marqués, y acaso le impresionaría la idea de formalizar realmente aquella ceremonia.

Al principio, Larry se opuso a ello, pero cuando supo que Charmaine ignoraba toda la combinación, accedió a efectuarla.

Larry se dirigió a la habitación de su tío y, aunque el mayordomo le advirtió que el marqués había pasado una noche verdaderamente angustiosa, le hizo despertar.

—¡Déjame! ¡No me encuentro bien! Tengo un sueño que no me veo.

—Tiene usted que levantarse y vestirse de frac. Vamos a ensayar la ceremonia nupcial. Charmaine está ya abajo.

A regañadientes, el viejo se levantó.

Owly y Winthrop rogaron a Charmaine que se vistiese el traje nupcial, que ya estaba preparado, pues iban a ensayar la ceremonia. Al principio, la joven consideró absurdo aquel ensayo, pero ante la insistencia de sus amigos, se vió en la precisión de acceder.

Vistió sus ropas de novia, y esperó la llegada del marqués. Owly había puesto en antecedentes a Diana y a Madelón de lo que se trataba. Seguramente, al verse Charmaine junto al marqués en aquella supuesta boda, tendría miedo de que las cosas pasasen adelante y renunciaría a aquel casamiento.

Larry apareció momentos después. Se miraron con cierta emoción y, al verla con sus galas de novia, le dijo:

—¡Estás encantadora para este ensayo de la ceremonia nupcial! Te deseo buena suerte en lo sucesivo.

—Gracias —contestó con frialdad.

—Creo que te casas la semana que viene, ¿no?

Y luego creo que vais a vivir al castillo de Ippleton.

—Sí.

—Lugar encantador, húmedo y con goteras. ¿Sabes lo que es una pulmonía?

—No.

—¡Pues allí vas a saberlo!

Riendo y con la esperanza de poder reconquistar a Charmaine, dijo a Owly:

—En el ensayo, tú harás el papel de sacerdote.

—Ese ensayo no tiene razón de ser—protestó Charmaine.

—¿Por qué? Supón que cambias de parecer... ¡Ah, pero ahí baja el novio! ¡Admirable! ¡Admirable!

Larry corrió hacia su tío que, pálido y desencajado por la mala noche, avanzaba lentamente.

Al verle, Charmaine sonrió con tristeza. Pensó en la amargura de tener que vivir al lado de un hombre viejo y enfermizo. ¡Ah! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ahora, al lado de Larry, sonriente y buen mozo, sufría horriblemente.

—Vamos, tío, adelante...

—Es absurdo, es absurdo. ¡Qué tontería de ceremonia! ¿Por qué me has hecho levantar tan temprano?—se quejó—. Con el resfriado que tengo. ¡Atchís! ¡Atchís!

—Haz el favor de no estornudar, tío. Tus huesos se desencajan. Espero que no te irás a deshacer en tan solemne momento.

El viejo marqués había llegado ante Charmaine, que comenzaba a darse cuenta realmente de que cometía un disparate.

Larry, que comprendía el estado de ánimo de Charmaine, quiso apurar las cosas y agregó.

—Vamos a comenzar la ceremonia. No te olvides de decir que ésa es la mujer a quien amas. Y yo haré las veces de apuntador.

Cogió la mano del marqués, la juntó a la de Charmaine, y dijo:

—Debes decir ahora: Charmaine, te tomo por esposa.

Pero el marqués se sentía a cada momento más resfriado y febril.

Volvió a estornudar, y dijo:

—Te tomo por esposa...

—Anda, pon más entusiasmo, más voluntad—dijo Larry riendo—. Ten en cuenta que te has pasado sesenta años para esto. Mira, dilo como yo... Así, coge estrechamente la mano de Charmaine, y di: Te quiero por esposa, Charmaine.

Y al decir estas palabras, miraba tan apasionadamente a su antigua novia, que ésta tuvo que bajar los ojos, sofocada de emoción.

—Dilo así. ¡A ver!

El pobre marqués tuvo que repetir tres o cuatro veces la comedia, y como se encontraba muy mal, lo hacía de mala gana.

—Flojo... Flojito... Ahora, bésala. A ver.

Disgustado por todo aquello, el marqués besó a Charmaine, sin pasión, sin vida.

—¡Eso no es besar! Mira cómo lo hago yo —dijo Larry.

E imprimió tan fuerte beso en los labios de Charmaine, que ésta se sintió desfallecer, comprendió que amaba a Larry y que no podría casarse nunca con el otro.

Se repitieron aún varios actos relacionados con la ceremonia, los besos, la bendición, el poner la sortija, hasta que al fin, el marqués, cansado de aquellos simulacros, exclamó furioso:

—¡Basta! Yo no estoy para tales andanzas. ¡Cásate con ella, siquieres, demonio! ¡Pero primero es mi salud!

—¿Que me case con ella? ¡Tú lo has dicho! ¡Ya no te puedes volver atrás!

El marqués vaciló.

—No, no. Era un decir...

—No, tío. De veras. La quiero. Ya nadie me la arrebatará.

Y la besó en los labios, sin que el marqués, que sentía aumentar la fiebre, protestase ahora.

—Haz lo que quieras. Prepárame la cama, Parker. Me parece que esta vez estiro la pata—gimió.

Y se alejó rápidamente, mientras Larry pedía a Charmaine le concediese el honor de su mano. Y como en aquel simple simulacro había visto ella lo desgraciada que sería con un hombre enclenque y viejo, le dió su perdón... y también su amor.

Le prometió Larry que sólo la quería a ella, que lo de las otras aventuras de amor era cosa exclusiva del tío...

En cuanto a la tienda, no había por qué preocuparse. El era rico para comprarle otra, si el marqués tomaba las cosas a mal. Aunque estaba seguro de que su tío acabaría concediéndole también su perdón.

Y pronto iban todos a casarse y la juventud triunfaría una vez más.

FIN

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas
2. Madre pecadora
3. Estrella simbólica
4. La losa del pasado
5. La mujer de Satanás
6. Jimmy, el misterioso
7. Nueva mujer, nueva vida
8. Amanecer
9. Tras la cortina
10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora)
11. En la vieja Arizona
12. Honrarás a tu madre
13. Nobleza baturra
14. Su majestad El Amor
15. Amor siniestro
16. Eugenia Grandet
17. Año contra el mundo
18. La hermana blanca
19. De mujer a mujer
20. Mujeres frívolas
21. No me olvides
22. El caballero del amor
23. Estrellas fugaces
24. Tobillos de oro
25. En nombre de la amistad
26. El prisionero de Zenda
27. Sendas traicioneras
28. El príncipe Stravos
29. Fútbol, amor y toros
30. Hombres peligrosos
31. Sed de cariño
32. Luna de miel
33. Shari (la hechicera oriental)
34. El príncipe de los diamantes
35. Una mujer en Wall Street
36. Las tres hermanas
37. Cara o cruz
38. La calle del azar
39. La batalla de París
40. Malas compañías
41. El conquistador
42. La caza del millón
43. El enemigo silencioso
44. El príncipe X
45. Canción gitana
46. ¿Quién disparó?
47. El capitán Tormenta
48. Arco Iris
49. Estrellas del «Edén»
50. Siete días con licencia
51. ¡Qué hombre tan guapo!
52. Bataclán
53. La santa amistad
54. Dramas del circo
55. El reportero del diablo
56. Vértigo del tango
57. La noche es nuestra
58. El premio de belleza
59. ¡Siempre alerta!
60. El misterio de Villa Elena
61. El testamento Nodelko
62. Oro y sangre
63. Ingenuidad peligrosa
64. La locura del oro
65. Hermanas frívolas
66. Estrellas de Occidente
67. ¡Desamparado!
68. Un plato a la americana
69. La casa de la flecha
70. Un defensor
71. Jóvenes pecadores
72. Esposas de médicos
73. Su hombre
74. ¡Vaya mujeres!
75. Todo por el aire
76. Flor de pasión
77. Por un par de pijamas
78. Pobre tenorio
79. Música de besos
80. El otro yo
81. El camello negro
82. A toda marcha
83. Me voy a París
84. Gordas y flacas
85. Estaré sola a media noche
86. El hijo pródigo
87. La aventureira.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Hoy, en las selectas Ediciones especiales

la maravillosa novela

ESTUDIANTINA

por Ramón Novarro y Dorothy Jordan

EN BREVE:

Las peripecias de Skippy



Formidable éxito

MATERNIDAD

o

El derecho a la vida

12 ediciones en una sola semana!

Publicada en la colección **Ediciones especiales de la Novela Semanal Cinematográfica**, FUERA DE SERIE

Es un aviso a las mujeres, un consejo a los hombres

16 ilustraciones en el texto

Precio popular: 1 peseta

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Tipografía Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 16 bis
Teléfono 18851 - BARCELONA